lo ve todo; y en esta tierra no ve nada porque sus ojos son los de sus ministros, y si les fía su gobierno y hacienda también les ha de dar créditos en lo que dijeren, y muchas veces juzgan con pasión lo que niega la razón y siguen en su parecer las cosas de su gusto y no lo que por ventura convendría. Y volviendo a nuestro propósito, digo que este caso sucedió en Xuchimilco, obrado por dos sacerdotes que, no atendiendo apremios humanos, sólo lo hicieron por amor de Dios, como las demás cosas que hacían y de presente hacen otros que los siguen en estos mismos ministerios.

## CAPÍTULO XII. *Del daño que se seguía en estorbar el bautismo de los adultos, y de los muchos que se bautizaron en Quauhquechola y Tlaxcalla*

N AQUELLA SAZÓN QUE LOS SEÑORES OBISPOS se juntaron, fue puesto silencio al bautismo de los adultos, y en muchas partes no se bautizaban sino niños y enfermos; y esto duró tres o cuatro meses hasta que se determinó lo arriba dicho. En este tiempo se cumplió bien a la letra lo que dijo el profeta Jeremías.[1] Los chiquitos pidieron pan y no había quién se lo partiese. Andaban muchos hambrientos en busca de el santo bautismo y no lo hallaban; era la mayor lástima del mundo verlos ir y venir y volver de acá para acullá y de todas partes ser despedidos, negándoles el remedio de sus almas que tan justamente pedían y demandaban. Pero aunque eran de rebaño y grey, apartada del reino de Dios, como a los que se vuelven a él no los desecha, oyó su clamor como padre piadoso, abrióles puerta a su necesidad y deseo; porque si dice en su evangelio que la importuna petición del amigo que llega a deshora, con necesidad, a la puerta del amigo, le hace abrir y dar lo que pide, y que Dios usa desta condición, cuando importunamente le llaman, ¿por qué a estos que venían, no una, ni dos, sino tantas veces, y no a un convento, ni dos, sino a muchos, no había de oírles? Especialmente que venían con ánimo y deseo de ser de su gremio y ley y entrar por la primera puerta de su servicio que es el bautismo. Pues la puerta primera que abrió (entre tanto entredicho) fue la del convento de Quauhquechola; allí comenzaron a ir pidiendo medicina y misericordia. Los frailes estuvieron dudosos si los recibirían o no; mas como al Señor, que los traía no hay quien le pueda resistir y sabe llevar a los ministros de sus mandatos, a uno por un cabello de Judea, al lago de los Leones a Babilonia, y a otro de cierto lugar al de Jopen, para que bautice a Cornelio; aquí, ya que no los sacó de sus casas, abrióles las puertas y movióles los corazones para que recibiesen aquellas ovejas descarriadas que andaban buscando el abrigo del buen pastor que sólo en el balido conoce sus ovejas; y así no fue en su mano dejar de bautizarlos. Bien sabemos que el rey Balac impedía el paso a los del pueblo de Dios para que no pa-

[1] Lam. 4.

sasen por su tierra, a la que el Señor les tenía prometida a la otra parte del Jordán, y que llamando a Balaam para que los maldijese, ni el uno pudo resistirles el paso, ni el otro maldecirlos; porque Dios que los guiaba, quitaba al uno el poder y al otro ataba la lengua. Así ni más ni menos sucedió en este caso, que habiendo entredicho en este sacramento y mandato, de que no se bautizasen, ni bastó el mandato de los hombres ni los frailes pudieron cumplirlos; porque como Dios los traía a su ley, quería pasarlos por las aguas del Jordán (que es el bautismo, en las cuales fue figurado) a esotra parte de sus riberas que es la tierra de promisión (quiero decir), al cristianismo, donde habían de permanecer en la guarda y observancia de su ley hasta la muerte.

Al principio comenzaron a ir estas gentes de doscientos en doscientos, y de trescientos en trescientos, y siempre fueron creciendo y multiplicándose hasta venir a millares; unos, de dos jornadas, otros, de tres, otros de cuatro y de más lejos (cosa a los que lo veían de grande admiración); acudían chicos y grandes, viejos y viejas, sanos y enfermos. Los bautizados viejos traían a sus hijos para que se los bautizasen y los mozos bautizados a sus padres; el marido a la mujer y la mujer al marido, y en llegando tenían sus aposentadores y enseñadores; y aunque los más adultos venían enseñados y sabían la doctrina, tornábansela allí a reducir a la memoria y a mejor enseñársela y pronunciarla; y catequizábanlos en las cosas de la fe. Allí estaban dos o tres días disponiéndose y todo aquel tiempo expendían en enseñarse; en tañendo la campana a maitines (tanto era el fervor que traían) que todos estaban en pie y daban mil vueltas con la memoria al *Pater Noster, Ave Maria* y *Credo,* con lo demás que sabían de la doctrina cristiana. Al tiempo que los bautizaban muchos recebían aquel sacramento con lágrimas. ¿Quién podría atreverse a decir que éstos venían sin fe, pues de tan lejas tierras venían con tanto trabajo, no compeliéndolos nadie a buscar el sacramento del bautismo? Cuando San Valeriano, esposo de Santa Cecilia, fue a pedir el bautismo a San Urbano Papa, dijo el santo viejo: Éste, si no creyera, no viniera en busca del bautismo. Y San Valeriano fue allí de poco más de una legua; pero los pobres indios iban de más de veinte leguas, y más que la tierra de aquella comarca de Quauhquechola es muy fragosa y de muy grandes barrancas y sierras, y todo esto pasaban con muy pobre comida, sólo por bautizarse. Podemos decir lo que los magos a Faraón:[2] Verdaderamente el dedo de Dios es éste, que quiere decir: la virtud divina es la que obra en estas almas, y no interés de cosa desta vida.

Entre otros muchos, entraron una vez en la iglesia dos viejas, asidas la una de la otra, que apenas se podían tener, y pusiéronse con los que se querían bautizar; el que los examinaba quísolas echar fuera de la iglesia, diciendo que aún no estaban bien enseñadas; a lo cual respondió la una y dijo: ¿a mí, que creo en Dios, me quieres echar fuera de la iglesia? Si me echas de la casa del misericordioso Dios, ¿a dónde iré? ¿No ves de cuán lejos vengo? Si me echas sin bautizar en el camino me moriré; mira, que

[2] Exod. 8.

creo en Dios, no me eches de su iglesia. Bien muestran estas palabras ser fe viva la que traía esta mujer en su alma para recebir el santo bautismo, y que se le debía a su devoción, pues su fe la hacía salva; como dijo Cristo nuestro Señor, a la otra del evangelio, y a la otra también, que clamaba a sus espaldas, que volviendo su divino rostro a ella, le dijo: ¡Oh!, mujer, grande es tu fe. No es menor la desta pobre vieja, pues envejecida en la ley de idolatría, la menosprecia y ultraja agora por seguir la verdadera de Jesucristo, en la cual creía haber de ser salva, entrando en ella por la puerta del santo bautismo, para el cual traía disposición y aparejo, ya que como cargada de vejez y años, no debía de saber muy bien todo lo que entonces se les enseñaba para recebirle; que cuando esto es imposible (como en otra parte decimos) no por esto se ha de negar cosa tan necesaria, en especial en edad que no promete mucha seguridad la vida. En aquella sazón quiso Dios traer por allí al sacerdote que los había de bautizar; y gozándose de la plática y armonía de la fervorosa vieja, consolóla y dejólas consoladas a ella y a su compañera con los demás que estaban aparejados para bautizarse. No dijo más San Cipriano, cuando el diácono lo quiso echar de la iglesia: siervo soy de Jesucristo y tú ¿quiéresme echar fuera de la iglesia?

Estos que hemos dicho que vinieron a bautizarse a Quauhquechola no fueron por espacio de tres o cuatro días sino por más de tres meses; y en tanto número, que afirma el padre fray Toribio, que estuvo en aquel convento huésped, que en cinco días que allí estuvo bautizaron él, y otro sacerdote, por cuenta, catorce mil y doscientos y tantos. Y aunque el trabajo no era poco porque a todos ponían olio y crisma, dice: que sentía en lo interior de su alma un no sé qué de contento en bautizar aquellos más que a otros; porque su devoción y fervor de aquéllos ponía al ministro espíritu y fuerzas para consolarlos a todos y para que ninguno se les fuese desconsolado. Y cierto fue cosa muy de notar y de maravillar ver el ferviente deseo que estos nuevos convertidos traían al bautismo; y no sé de qué maravillarme más, u de ver así venir a esta nueva gente al bautismo, u de ver cómo Dios los traía a él; aunque mejor diremos que de ver cómo Dios los traía y recebía al gremio de su santa iglesia. Porque como dice Cristo, por San Juan:[3] Ninguno puede venir a mí, si el padre que me envió no le trajere, porque ninguno (como dice Lira) puede subir a las cosas que son extrañas y ajenas de sus fuerzas, si otras fuerzas mayores no le ponen en ello. En la piedra vemos no poder subir a lo alto, si no es arrojada de alguno, porque no tiene inclinación a subir, sino a decendir; así, ni más ni menos, venir a Dios no es posible, si no es por moción del mismo Dios; y esto no es con violencia y fuerza, de manera que ate Dios las manos del libre alvedrío del hombre, para que haga esto, aunque no quiera; porque donde dice San Juan: Si mi Padre no lo trae, aunque el Verbo parece decir fuerza, no siempre significa fuerza, sino (como sienten los gramáticos) una vehemente inclinación con que uno se determina a seguir o apetecer una cosa; y así vemos que muchos son compelidos por sí mismos a casos distintos y diferentes. Unos con apetito de gloria, en casos que emprenden;

[3] Ioan. 6.

otros con apetito de saber. El glorioso padre San Agustín alega al poeta, que dice que a cada uno trae por la melena su apetito; pero no por esto son éstos atraídos por fuerza ni necesidad ninguna. Y en las Sagradas Escrituras hay infinitos lugares que prueban esta verdad, negando esta fuerza, porque a nadie se hace; y vese claro porque cuando son llamadas las gentes a la conversión y conocimiento de Dios, no es forzándolos a ella, sino convidándolos para que reciban la ley de Dios y su evangelio. Y si hubieran de venir forzados y compelidos ninguna necesidad había de ser convidados a ello, porque rogar y convidar con una cosa es muy diferente, que forzar a ella; porque uno es acto voluntario y otro es a más no poder y forzado; pero usa la Sagrada Escritura de este verbo, *traho,* que significa traer por fuerza, para hacer demonstración del eficaz llamamiento con que Dios llama a los que se convierten a su fe y evangelio. La cual vocación es tan fuerte y eficaz que a los pecadores envejecidos en vicios y criados en maldades, hechos a vivir vida bestial y adorar demonios, en un instante los convierte y hace que el gusto que tenían en aquellas cosas, que tanto tiempo habían adorado y estimado, las truequen y las aborrezcan, y sólo quieran lo que Dios quiere, y apliquen la voluntad a solo su conocimiento y servicio, volviéndose repentinamente contra las cosas que amaban y apareciendo las nuevas que se le ofrecen para su salvación; de tal manera que los hombres, enemigos de la Cruz de Cristo, como dice San Pablo, perseguidores, carnales y envejecidos en vicios y pecados, con sola una palabra que oyen, se convierten en varones cristianos, dando de mano a sus vicios y abominando sus maldades; causado todo esto de un rayo de la divina y soberana luz, que es Dios. Este argumento toma por eficaz Orígenes,[4] contra Celso, para probar la divinidad de Cristo, en la conversión de las gentes, cuyas palabras son: Verdaderamente no sé si un puro hombre, no siendo también Dios, había de ser de tanto poder y eficacia que había de traer a sí, no sólo a la gente común, venciendo con su palabra y doctrina todas las dificultades que los hombres podían hacer y todas las controversias y contradiciones que habían de intentar, sino también a los reyes y emperadores, y lo que más es, a todo el Senado romano, que se preciaba de sabio y entendido, y a todos los príncipes y señores de otros reinos, con todas sus gentes, ¿cómo era posible que un hombre, nacido de mujer solamente, si no le acompañara otra naturaleza superior y divina, pudiera convertir a sí tanta multitud de gente, como la que en el mundo se ha convertido? Y lo que más admira, que no sólo ha vencido con su saber y doctrina a los sabios mundanos (porque éstos con razones eficaces suelen vencerse y son fáciles de concluir) pero a los que estaban convertidos en brutos animales, con vida bestial que vivían, a ésos los ha persuadido y inclinado a dejar los vicios y vida bestial que vivían, y que con ansias y deseos se apliquen a su conocimiento y ley.

Parece verdaderamente que hablan estas últimas palabras con estos indios (para lo cual he dicho todas las demás), porque gente apartada de Dios

[4] Orig. contra. Cels. in fin.

y de su conocimiento, y tan encenegada en las cosas sucias de la idolatría, que vengan con tanto menosprecio de ella a ley y bautismo que no conocieron (al menos en la manera que lo recebían), esto no puede ser sino impulso de Dios y movimiento que hizo en sus almas. Y de esto nos hemos de admirar, no de que viniesen sino de que siendo tan grande la misericordia de Dios para con ellos los trajese a su fe y bautismo, para que sus almas se salvasen. Pues ésta es la fuerza y violencia con que Dios traía a estas gentes al bautismo, moviéndolos eficazmente para que viniesen. Porque si el reino de los cielos (como dice San Mateo)[5] padece fuerza y no lo arrebatan, sino los que con fuerza le acometen, para ir estos allá y ser contados en el número de sus moradores, era necesario que vinieran compelidos de Dios (por este modo dicho) que es solicitados de su misericordia y movidos de su infinita clemencia para que entrasen por la puerta del bautismo. Después de bautizados estos que venían con esta devoción y espíritu a recebir el santo bautismo, era cosa notable verlos ir tan consolados, regocijados y gozosos, con sus hijuelos a cuestas que parecía no caber en sí de placer; porque como dejaban el peso de la carga del demonio y llevaban el yugo suave y leve de Jesucristo, con el dejo de lo uno no sentían trabajo ni pesadumbre de lo otro. Con esto se volvían dando gracias a Dios y dejaban a los trabajados ministros muy contentos.

En este mismo tiempo, y de la misma manera que hemos contado, fueron otros indios de muchas partes, al monasterio de Tlaxcalla, a buscar el bautismo, de tres y cuatro jornadas; empero no duró tanto tiempo porque en el mayor fervor y cuando más venían los impidieron, y lo mismo fue en Quauhquechula; porque el enemigo del género humano, viendo lo mucho que iba perdiendo, procuraba de instigar a los que con buen celo habían comenzado a poner estorbo en el bautismo de la multitud sin las ceremonias para que no cesasen de contradecirlo; aunque ya les ponían el olio y crisma, conforme a la bula del señor papa, guardando lo que por ella mandaba; porque decían que aquéllos no traían fe verdadera, sino venían los unos al hilo de los otros, sin entender lo que habían de recebir. Mas para satisfacción de esto bastaba el crédito que se debía tener de los ministros que lo hacían, que no eran idiotas sino hombres de buenas letras, y, sobre todo, temerosos de Dios y de sus conciencias; y, certificaban todos los que se bautizaban, eran primero enseñados y catequizados, y daban cuenta de la doctrina cristiana, y se les habia predicado muchas veces la ley de Dios; y para muestra de la fe que traían ¿qué más era menester de que viniesen confesando a ese mismo Dios y pidiendo su santo bautismo para remisión de sus pecados, habiendo andado y venido con este deseo treinta y cuatro jornadas, y en tiempo de muchas lluvias y aguas, pasando arroyos y ríos con mucho trabajo y peligro, con comida poca y flaca, que apenas les quedaba para la vuelta? Y las posadas eran donde les tomaba la noche, y a las veces debajo de un árbol u de una piedra. No advertían estos estorbadores deste tan grande bien, cómo en estas almas se hacía lo que dijo

[5] Math. 11.

Isaías,[6] del adorno de la iglesia que había de tener en sus edificios zafiros, esmeraldas y carbuncos y otras piedras preciosas y de valor, que significan (como dice Adamo) diversas gracias y favores con que la había de adornar y enriquecer; entre las cuales riquezas se cuentan las que a esta nueva iglesia comunicó, y la mayor aquella inspiración divina con que venían a entrarse estas gentes en el cristianismo, siendo ya de los dispuestos para ser hijos de Dios, enseñados por él, que después dijo San Juan, capítulo 6 de su evangelio: Serán todos aptos para ser enseñados de Dios y discípulos suyos. Según declaran San Gerónimo y Procopio, este lugar de Isaías, cumplido se ha a la letra en la venida de Cristo al mundo y en la enseñanza que hizo en él de su evangelio y ley, a la cual se entra por el santo bautismo; y esto era lo que estas almas buscaban para aprovecharse de aquel oculto llamamiento con que Dios los traía a su fe y doctrina; y que si no fueran así llamados por internos llamamientos ni vinieran de tan lejos, ni movieran aun de muy cerca los pies para dar paso en orden deste cuidado. Y me parece que no sé qué entrañas de acero había que no se moviesen a creer tan probada verdad, ni sé qué corazón tan inhumano hubo que dijese que era hilo que iban siguiendo unos tras otros, y no fe ni devoción y deseo de ser cristianos; pero como mientras vivimos en vida mortal estamos revestidos de Adán y de sus pasiones, no es maravilla que no estando confirmados en gracia erremos y que lo blanco nos parezca prieto. Sólo sé decir que dice Cristo que el que oye y aprende por internas inspiraciones viene a él; y creo, que pues éstos venían, que eran movidos por Dios y por sus secretos llamamientos, movidos también con lo que ya habían oído a los predicadores de la ley de Dios y de su evangelio.

Con todos estos resguardos que estos apostólicos ministros tenían para poder continuar su ejercicio bautismal, por dar contento a los que tanto porfiaban, hubieron de despedir al mejor tiempo y negar el bautismo a la multitud que acudía, que se hallaron a la sazón en el patio del monasterio de Quauhquechula más de dos mil ánimas y en el de Tlaxcalla pocas menos que aguardaban el bautismo; y se hubieron de volver a sus casas sin él, llorando y quejándose y diciendo mil lástimas, que era para quebrar los corazones aunque fueran de piedra, diciendo: ¡Oh! desventurados de nosotros, ¿cómo hemos de volver desconsolados y tristes a nuestras casas? Venimos de tan lejos y muchos de nosotros enfermos que nos duelen los pies y todo el cuerpo, o con cuánta hambre y trabajo venimos acá. Si fuéramos bautizados todo se nos tornara en alegría y consolación, mas de la suerte que vamos todo se nos vuelve y convierte en tristeza y dolor; ¿pues cómo el bautismo y el agua de Dios nos niegan? ¿Por qué nos predican los padres que Dios es misericordioso y que a brazos abiertos recibe a los pecadores y a nosotros nos envían y nos echan sin misericordia, para que nos muramos por el camino, sin bautismo? Éstas y otras muchas lástimas y quejas decían que quebrantaban los corazones de los que las oían. Los sacerdotes, que presentes se hallaron, bautizaron los niños y los enfermos y algu-

[6] Isai. 54.

nos sanos, que no los pudieron echar de la iglesia, ni del patio; porque decían, con muchas lágrimas, que en ninguna manera se irían, sino que allí se dejarían morir. Otros sacerdotes ausentes que supieron esto no excusaban de culpa a los que allí se hallaron, porque enviaron aquella gente tan desconsolada y afligida, diciendo: que en tal caso más justo fuera obedecer al sumo pontífice Jesucristo y a su vicario en la tierra (cuya autoridad ellos tenían) que a otro cualquier prelado, y que era negocio que debieran tomar sobre sus conciencias, por no echarles mayor carga; porque de aquellos que despidieron no dejarían de morir algunos sin bautismo. En confirmación desto sucedió en cierto pueblo que el obispo de aquella diócesi, mandó a los frailes del monasterio que allí había, que cesase el bautismo hasta que se determinase la bula de su santidad de Paulo Tercio, y añadió diciendo: que aun cuando se hubiesen de bautizar, él enviaría un clérigo que los bautizase. Los religiosos por no mostrarse porfiados, ni rebeldes, ni apartarse de la reverencia que se debe a los prelados mayores, lo dejaron y paró el bautismo en este pueblo (como en los demás) por tiempo de tres meses.

## CAPÍTULO XIII. *Que trata de cuando se bautizaron las cuatro señorías de Tlaxcalla, que fue el primer bautismo que hubo en esta Nueva España*

L VALEROSO CAPITÁN DON FERNANDO CORTÉS, luego que llegó a Tlaxcalla y trabó amistad con los cuatro señores de aquella señoría, trató con ellos de su venida, y cómo la causa principal era darles a entender la ceguera y error que seguían en adorar dioses falsos, y que deseaba apartarlos deste errado camino, y mostrarles el cierto y verdadero, que era el conocimiento de Dios vivo y no muerto, como los que ellos adoraban; y en orden de esto les hizo una muy larga y discreta plática (como más largamente consta en otra parte), y les dio a entender cómo para principiar este tan arduo y necesario negocio era necesario detestar los ídolos, y derribar sus tèmplos y casas y recebir el agua del bautismo que es la puerta para la bienaventuranza. Estaban estos señores con otra mucha gente que se halló presente a las razones del capitán, las cuales les fueron dichas por lengua de Marina y de Gerónimo de Aguilar. Sus intérpretes oyeron el largo y extraño razonamiento y suspendiéndose todos por algún rato, como en negocio tan grave y jamás dellos oído, tomó la mano el valeroso capitán Maxixcatzin, que era mozo animoso y elocuente, y haciendo callar a todos, dijo: valeroso capitán, y más que hombre, verdaderamente no podemos creer, sino que ya que confesáis no ser Dios, debéis de ser hijo de los dioses y el más valiente y esforzado príncipe de la tierra y gran señor de los hombres blancos y barbudos (que así llamaron a los españoles en el principio de la conquista) y el más temido varón que hasta hoy se ha visto; pues siendo esto así, ¿cómo deshacéis y tenéis en poco la autoridad y dei-